



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

- CARLOS MIRANDA**
De parranda.
- PEDRO LUIS DE GÁLVEZ**
El mono de doña Pelada.
- ANGEL S. VERJA**
Epigramitas.
- FERNANDO AMADO**
El buen oficio...
- LUIS OSSA**
Parecido fatal.
- GONZALO CANTO**
En la Exposición.
- FÉLIX REGIO**
Las formas sociales.
- GABINO PERAITA**
El que la sigue...
- MODESTITO**
Noche de boda.
- CLEMENTE DE CASTRO**
Nuestras cocotas.
- JULIO MATA**
Crónicas londinenses.
- ELÍAS SANCHO GALLEL**
Ante un retrato.
- TOVAR, DEMETRIO, UCETA,**
ESTEVANILLO, ALFONSO y ENRIQUE
Caricaturas y retratos de Conchita Valery, Asunción Olmedo y otros dibujos.



CONCHITA VALIER Y

Monísima chiquilla, artista de varietés, que ahora anda por provincias recogiendo aplausos por su arte y su palmito.

5 céntos.



«MÉFIEZ DES CONTREFAÇONS»
Ó HAY MONOS DE IMITACIÓN

Yo, el menor pu. cre de todos
los que hicieron esta hija
de perra (digo, esta HOJA
DE PARRA), me enciendo en ira
cuando veo las hijuelas
que tiene la pobrecita...

Desde algún tiempo á esta parte,
raro—muy raro—es el día
que no sale algún engendro
titulándose re-*vista*:
nombre que se da, sin duda,
porque de re-ojo nos mira...

No me extraña á mí que sean
tantos ya los que nos sigan,
pues sé que el hombre es un mono
de imitación; más me crispa
los nervios ver el descarro
con que nos plagian é imitan.

Basta con que dé una tienda
de sí, para que en seguida
los de la acera de enfrente
planten otra tiendecita,
con el exclusivo objeto
de jorobar á la antigua...

Bien está que todo el mundo
quiera ganarse la vida;
pero, como no es posible
que todas á un tiempo vivan,
hay quien se salta los ojos
por *ver* tuerta á la vecina...

Bueno es que culto rindamos
á la Venus «sicalfptica»
los que no somos devotos
de la musa modernjista;
no que al lado de una iglesia
nos levanten diez ermitas...

Porque, según van las cosas,
dentro de muy poco habría
más sacerdotes que fieles
y más altares que misas,
y habrá que cerrar los templos
del Amor de á perra chica...

¿Es que no hay otros asuntos
de que hablar, para que «giman
las prensas», á no ser éstos
que LA HOJA DE PARRA (ó hija
de perra) desde hace un año
trata, fomenta y cultiva?...

No es que exijamos «patente
de invención», ni que se pida
que los demás nos otorguen
una especie de «exclusiva»;
pero... á mucha oferta, poca
demanda de mercancías...

A nosotros, por fortuna
(y esto no es que yo lo diga,
sino que todos lo saben),
nos va con la tiendecita
muy bien; pero la parroquia
de enfrente nos causa grima...

Pues si yo voy «de parranda»;
y otros van «de juerguecita»;
y estotros van «de bureo»;
y esotros, en fin, «de pira...»
¡va á haber que dejar el culto
de la Venus «sicalfptica»!...

¡Y tendrán sus sacerdotes
—para buscarse la vida—
que vender preservativos,
ó meterse á cupletistas,
ó echarse á ganar orejas
ó sentar plaza en Melilla!...

Carlos Miranda

EL MONO DE DOÑA PELAGIA

A muy ilustre señora doña Pelagia Santos, ex coronela de caballería, enviudó de su segundo marido á los tres años de matrimoniar. El difunto coronel, que era de pastaflora, pasó á mejor vida un sábado de Gloria—y de gloria fué para el coronel su tránsito prematuro, pues que jamás hubo en toda la redondez de la tierra genio más esquinado y arisco que el de la sin par doña Pelagia.—Amigas íntimas de la empingorotada señora refieren, y no acaban, del primer esposo de la de Santos, hombre más dado á galanteos y conquistas fáciles que al ejercicio de su profesión, que era la de abogado. Pero si se le tira un poquitín de la lengua, más dicen todavía de Pelagia en aquella etapa de su vida. No era ciertamente una de esas mujeres que gustan derrochar su dinero en lujos costosos y vanidades ridículas. Siempre vistió con encantadora sencillez; y aunque á trueque de disgustar al abogado, salíase á la calle de mantilla, porque no agradaba del sombrero, y menos de gastarse en plumas, lazos y flores de trapo un dinero superfluo. Agréguese que doña Pelagia era una mujer sentimental, y habiendo heredado de su señora madre una mantilla de casco (mantilla con la que recibió esponsales otra Pelagia, su abuela, en la derruida iglesia de Nuestra Señora de Gracia), la ostentaba por los Madriles con cierto ancestral orgullo ante los ojos curiosos y las lenguas buidas de sus amigas y peisanas.

La casa de doña Pelagia Santos, cita en la calle del Pez y señalada con el número 40, fué asilo durante sus dos épocas matrimoniales para todo lo que en Madrid hubo de notable aquellos días en política, ciencias, artes y literatura, de lo que las cuchipandas de la de Santos hicieron tan célebres en la villa y corte como son ahora los discursos de Garibaldi y LA HOJA DE PARRA.

Debe apuntarse aquí, para descargo de lo

que luego ha de decirse, que la ínclita ex coronela de caballería no dispendió jamás ni la insignificante suma de un perro chico en cosas que no fueran de *positiva utilidad práctica*, como ella decía, adoptando un grave talante doctoral. Sabíase de memoria aquellos establecimientos donde podía encontrarse, de vez en vez, alguna que otra ganga tentadora, y conocía *de visu* al carnicero que daba mejor peso, y el ultramarino donde se medían los géneros *á conciencia*, y la repostería en que los pastelillos relle-



—¡A que va á ser verdad que te ha hecho la boca un fraile!

nos podían comerse sin escrúpulo alguno, con la absoluta garantía de que no estaban condimentados con desperdicios de fondas, relieves de mesas tabernarias ó pitracos de bodegón. Era, en suma, doña Pelagia una alhaja de precio, aunque los dos esposos de quienes disfrutara durante su vida asegurasen, con torcida intención, que era *una alhaja demasiado cara*.

Porque *cara* lo era doña Pelagia en lo tocante á su absurdo cariño, el cual—y escrito sea con perdón de las pudorosas lectoras de este semanario—lo usufructuaba un mono graciosísimo, con sus holgados calzones de bermellón y su gorro frigio las roches en que doña Pelagia Santos recibía á sus amis-

tades. Nombrábase el mono *don Lucero*, remoquete que le venía á las mil maravillas por la carina graciosa y la brillantez de los ojos vivos, que tal parecían luceros de vivísi-



—Caracoles, ¡qué desarrollo!

—Es que hago mucho ejercicio.

ma luz. Además—y esto constituía su cualidad más estimable—era obsequioso con las señoras graves, atento con los caballeros y de una almiarada dulzura con las niñas casaderas. Pero su debilidad, su estupenda debilidad, se revelaba en presencia de las niñas que han dejado de serlo y no son todavía mujeres. ¡Las tobilleritas! Ver don Lucero unas pantorrillas al fresco y correr á esconderse en un solitario rincón, todo era uno. Y tornaba á la sala sudoroso de la carrera, los ojos encendidos, la respiración fatigosa y las manos cansadas, lo que no es extraño por que los monos corren á cuatro patas.

Cierto día, memorable en la corta vida de don Lucero, tuvo lugar el suceso que va á

relatarse con todos los respetos que merecen sus ilustres protagonistas.

Había caído enferma de gravedad la ex coronela, y á toda prisa fué llamado para confesarla un sacerdote amigo de la casa, gran predicador y teólogo de mucho fuste. Y como para evitar toda molestia á la moribunda, doña Pelagia, se corriesen las cortinas del lecho durante la fría ceremonia de la confesión, quedó oculta la figura del clérigo, aunque bajo el halo de la cortina carmesí vefanse sus hebillados zapatos y el arranqué suculenlo de las pantorrillas sacerdotales. En esto llegó, calladamente, á la alcoba el curioso don Lucero, y, asombrado de las orondas piernas que veía, corrió, cual era su hábito, á esconderse en un rincón apartado, del que volvió á poco, á la sazón en que el clérigo aparecía en la estancia. Y como notase el inocente engaño de que había sido víctima, se abalanzó el mono fieramente sobre el ministro del Altar, dándole tan golosa dentellada en la parte más carnosa de su cuerpo, que hubo éste de permanecer en cama muchos días, y á punto estuvo de trasladar su alma á regiones más altas. Por lo que, teniéndose á don Lucero en calidad de miserable profanador de las cosas sagradas, se le condenó á muerte, con grande sentimiento de las tobilleritas que visitaban á doña Pelagia, á las cuales hacíanle mucha gracia las inopinadas carreras de este admirable estabón de la cadena de Darwin.

Pedro Luis de Gálvez



—¡Querido caracol, ¡tan desgraciado soy yo como tñ!

EPIGRAMITAS

A Juan Arango, pianista de gran fama, declá la otra noche cierta dama:

—¿No me toca usted nada, que á pasar nos ayude la velada?—

Y complacientemente Arango, por tocarla algo, la tocó el far dango.

—¡Colarse sin avisar cuando me encuentro en camisa!

—¿Pero es que un marido avisa cada vez que quiere entrar?



Ella. — Sí; yo te aseguro que seremos felices si no se opone mi papá.

El. — ¿Cuál de ellos?

—¡Naturalmente!
—Me espanto de que armes esa quimera. Recuerdo que de soltera no te incomodabas tanto.

Viendo un niño, pregunté:
—¿Es de usted, señora Luisa?
Y ella respondió con prisa, muy polfítica: —Y de usted.

Tropezó y se cayó doña Eloisa, pues su marido le metía prisa; y también se cayó Be. triz un día porque su esposo prisa le metía. «Si hasta hoy metiste prisa á tu mujer, nunca más se la vuelvas á meter.»

Angel S. Vera

A falta de la cuenta corriente en el Banco de España que nos supone cariñosa mucha gente—algunos de la cual nos ha brindado acciones en cierta Sociedad explotadora de un ferrocarril y terrenos en la calle de Ferraz para que edifiquemos un hotel—sin hacerse cargo de que somos jóvenes, gracias á Dios, y de que el ahorro no ha sido, ni es, ni será nunca el fuerte de la juventud, en poco más de un año que tiene de vida LA HOJA DE PARRA hemos tenido tanto y tan empeñado imitador, que si no fuésemos algo despreocupados y nos dejásemos llevar por la vanidad, nos hallaríamos satisfechos...

Lo estamos, sin embargo. Aunque existan por ahí maldicosillos que atribuyéndonos sus intenciones, sospechen que pensamos de otro modo, podemos afirmar, porque es verdad, que la aparición de todos esos papelitos que nos han seguido—hechos los unos por periodistas «viejos», compañeros nuestros, y manejados y deshechos otros por quienes «no daban» en sus oficios respectivos, ajenos al periodismo, ó sentían impaciencia por avanzar en su burocracia de 5.000 reales con descuento—nos ha alegrado enormemente y á todos hemos deseado igual suerte que para nosotros.

Pero claro que somos muchos ya—26, entre Madrid y Barcelona, ha contado y coleccionado un amigo nuestro—y que nosotros que tragamos las gallinas, según frase de Embajadores, y que somos entre todos los periódicos madrileños quien más vende y circula aquí, y el tercero, no menos, en el resto de España, estamos obligados á cambiar el disco...

Lo haremos en seguida, aunque no hemos concretado todavía cómo y cuando. Se lo anunciamos á quien le pue'la interesar... Y, sin que hayamos de volver á hablar de ello, autorizamos á que nos copie á quien lo desee; porque dinero no tendremos, pero de iniciativas estamos, afortunadamente, bastante bien.

EL BUEN OFICIO...

HACE unas cuantas tardes estábamos con el bravo «Machaquito», este diestro simpático que no se retraía haciendo gestos ni con sombrero hongo, pero que es torero y es hombre, dos ó tres periodistas, otros dos ó tres cómicos y algún peón de la cuadrilla del cordobés: todos gente de bulla... De pronto, á propósito de algo que uno de

naturaleza de los afectos entre personas de sexo distinto influyen poderosamente el carácter del hombre, y más aún la edad de la mujer. Yo, por mí, creo casi imposible que una moza inquieta de cascós, guapa y con veinte años sobre el corazón se limite á ser amiga (empleo esta palabra en su verdadera y casta acepción) de un muchacho que no sea feo, ni corto de voluntad, ni rencoso de entendimiento; y esta imposibilidad emana de la misma naturaleza del sentimiento amistoso, que es sereno y pacífico, sin celos, sobresaltos, impacencias ni ninguna de esas venenosas pasioncillas á que la juventud es tan propensa. Sin embargo...

Iba á seguir hablando; pero uno de nuestros contertulios me interrumpió diciendo:

—Sin embargo, *eso...* Te voy á referir un caso, y vas á ver por él cómo la verdadera amistad puede existir entre personas de distinto sexo, aun cuando los interesados sean jóvenes, guapos, listos y capaces de ir, según la frase popular, *á todas partes...*

En un pisito segundo de la calle de Atocha—siguió diciendo—vivían dos amiguitas, Carmen y Sofia. Carmen, la mayor, es *intima* de un prócer de mucho viso; la otra, bastante más joven que su amiga, sostenía relaciones platónicas con un estudiante de Medicina. Acerca de la índole de estos amores, Carmen y Sofia hablaron muchas veces.

—¿Tú quieres á Ricardo?—preguntaba aquella.



Demetrio

—¡Vaya una terminación de espalda!

nosotros referís, Rafael preguntó muy preocupado:

—¿Vosotros creís que entre un hombre y una mujer jóvenes pué haber amistad y ná más que amistad?

Hubo una pausa larga. Todos nos miramos consultándonos. Yo recurrí á la opinión de los psicólogos profesionales y de los hombres de mundo.

—Unos aseguran que sí—dije—; otros, por el contrario, sostienen que no... Los más *sincretistas* ó conciliadores afirman que en la



—¡Con qué gusto te voy á llevar al tálamo!

—Pero procura que tenga fuertes los muelles.

—Sí.

—¿Entonces por qué tuerces el curso feliz de tus sentimientos, contrariándole y haciéndote desgraciada á tí misma?

—Porque rendirse—contestaba Soffa—es renunciar á sí misma, esclavizarse, permitir que nos encenican la frente...

Ricardo iba á visitar á la joven casi todas las tardes; entraba con el sombrero en la mano, andando pausadamente, como quien teme molestar, y luego se zambullía en un sillón, del cual ya no osaba levantarse. A Carmen llegó á interesarle el muchacho, tan comedido, tan respetuoso, tan enamorado. Una tarde estaba Carmen sola cuando Ricardo llegó. Al saber que Soffa no había venido quiso retirarse.

—Volveré más tarde—dijo.

—¡No!—exclamó Carmen con impetuosidad;—quédese usted—. Luego añadió:

—Yo le quiero á usted mucho, si bien con un afecto puramente amistoso. Sé que está usted enamorado de Soffa, sé también que ella le quiere á usted... si la chispa no brotó aún porque siempre ha faltado la ocasión, «el cuarto de hora.» Ese momento va á llegar, no bien mi amiga regrese de la calle. ¿Está usted dispuesto á aprovecharlo?... Pues bien: cuando entre Soffa, permanezca usted sentado en ese sillón cual si fuera usted presa de un síncope. Lo demás es cuenta mía... y de usted.}

Diciendo así, sacó varios frasquitos con vinagre, agua de azahar y éter, y los colocó sobre un velador. Casi al mismo tiempo se oyeron los pasos de Soffa, que subía la escalera. Cuando la joven penetró en la habitación, Carmen se la acercó llevándose el índice á los labios.

—¡Chist!... ¿No sabes? El pobre Ricardo se ha puesto enfermo del corazón... Probablemente eres tú la responsable de todo esto. En fin, yo debo marcharme; tú no te muevas de aquí, échale aire suavemente con un abanico y procura no hacer ruido.

Y se fué. Soffa, andando de puntillas, se acercó al enfermo y empezó á contemplarle. Estaba guapo y pálido, muy pálido. ¡Pobrecillo! ¿Tendría Carmen razón? ¿Sería ella una mujer cruel y sin entrañas?... Sin saber cómo,



El detective.—Lo que me extraña es que no haya señales de violencia en el cajón.

La señora.—Pues no le choque, porque casi siempre lo tengo abierto mientras duermo.

su boca se había posado sobre la frente del enfermo, luego le besó los párpados, después... Después sintió que los brazos de Ricardo la enlazaban por la cintura con tal fuerza, que ya no pudo desasirse.

¡Oh, allá arriba, en el cielo, las buenas amigas deben de sentarse á la diestra del Dios dispensador de todas las misericordias!

Fernando Amado

PARECIDO FATAL

ZODO Madrid, ó todos cuantos en Madrid «viven» un poco, saben que desde hace cerca de un año Emilia N. es el gran quebradero de cabeza que tiene el joven vizconde Alberto D'Er...

Desde hace algunos meses Emilia se mostraba con su amante displicente y esquiva. Raras veces salían juntos de día, por las

Alberto solía completar la comparación diciendo.

—Sí, ya sé: más feo que Prudencio.

Noches pasadas el vizconde y su amiga ocupaban un palco de la Comedia presenciando una representación del Gran Guignol.

Durante la velada, Emilia estuvo más conversadora que de ordinario. Habló mucho, pero siempre de lo mismo, de Prudencio Martín.

Era rídiculo.

Y feo

Y bobón.

Y brutal... Un hombre cuyo solo recuerdo la ponía de mal humor.

Alberto la escuchaba indiferente, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón.

Más tarde, en el momento de salir del teatro, se les acercó un caballero que con muestras de vivísima alegría, le echó á Alberto los brazos al cuello, exclamando:

—Chico, tú por aquí!

El vizconde le miró atentamente, maravillado de que le demostrase tanto cariño un sujeto á quien no recordaba haber visto en ninguna parte.

—Caballero —dijo— creo que se engaña usted.

—¿Como?... ¿No es usted Prudencio Martín?—repuso su interlocutor dando un paso atrás.

—No, señor — contestó Alberto palideciendo.

—¡Oh, caballero, perdóneme usted! Pero se parece usted extraordinariamente á Prudencio, uno de mis mejores amigos: tiene usted su mismo cuerpo, sus ojos, su cara... hasta la voz... Pero, en fin, me he equivocado... Dispénsame usted...



—No puedo olvidar á ese hombre; su recuerdo me enciende la sangre. ¿Qué hago, Rosita? ¿Qué me aconsejas?

—Tírese usted al baño, señorita.

noches se fingía aquejada de jaqueca, y cuando estaban reunidos parecía poner especial cuidado en molestarle, hablándole de tiempos pasados en que ella aseguraba haber sido muy feliz, y de sus amantes, especialmente del primero, Prudencio Martín: un hombre bobo y feo y abrutado á quien despreciaba de todas veras.

Esta conversación estaba tan conocida y resobada, que el vizconde Alberto se la sabía de memoria: así es que cuando Emilia decía, por ejemplo, hablando de cualquiera:

—Es más feo que...



—Y no es esto lo peor, sino cómo se pondrá mi perrita cuando lo olfatee en casa!

Y se marchó.

—¿Qué te parece?—preguntó el vizconde dirigiéndose á Emilia,—¿conque es cierto que ese Prudencio, tan antipático, y yo parecemos hermanos gemelos?

La joven se encogió de hombros.

—Tal vez... —murmuró.

Fué un gesto que equivalía á decir: «Tómalo como quieras.»

Lo grave es que pocos días después la vieron con el individuo desconocido que noches antes había confundido al vizconde Alberto con Prudencio Marín.

Alberto cree, por tanto, que aquel encuentro estuvo preparado por Emilia y su nuevo favorito.

Según nos aseguran, hay con este motivo un lance pendiente.

... Pero nosotros no sabemos nada.

Luis Ossa.

EN LA EXPOSICIÓN

A la expositora Marta un cuadro le han rechazado, y hoy me dice en una carta que me escribe:—¡Ya estoy harta de los miembros del Jurado!

Gonzalo Cantó.

SUCEDIDOS...

E., una muchacha muy bonita que tuvo amores con C. X., hijo de un ex ministro conservador, que va á casarse en breve, ha recibido de éste 100.000 pesetas á condición de que le olvide.

¡Qué suerte tienen algunas gentes! Conque á nosotros nos diera no más que siete reales cada una de las chicas á quien «un día» amamos, ahora mismo dejábamos á nuestros imitadores LA HOJA DE PARRA...



—Señorita, ha dicho mi maestro que ahora vendrá un oficial á ponerle la pieza en la cama, y que yo me quede pa sujetársela.

LAS FORMAS SOCIALES



ON Romualdo, comerciante y vecino muy respetable de Talavera de la Reina, vino á gastarse á Madrid dos ó tres mil pesetillas con ocasión de las fiestas, sin festejos, de San Isidro. Por las mañanas visitaba los Museos, por las tardes recorría en coche los ingratos alrededores de la corte; de noche iba á Romea, al Madrileño, ó á otros centros peores...



—Nada, chiquita, no sirvo para peluquero; cada vez te sale la raya más torcida

—Falta de costumbre; yo, en cambio, en seguida la pongo derecha.

Hace pocas noches, don Romualdo cenó, acompañado de dos amigos, en el hotel París, donde se hospeda. A los postres, los ánimos se hallaban muy sobresaltados; el buen humor desbordaba; la sangre coloreaba todas las mejillas; el contento refla en los ojos.

—¿Dónde iremos después de tomar café?

—preguntó don Hilario.

—Donde ustedes quieran.

Don Pedro agregó, requiriendo con ga-

llardía marcial las guías de sus bigotes blancos:

—Por mi parte, estoy á la disposición de todos.

Ninguno de los tres amigos (el más joven de los cuales pasaba ya de los cincuenta), pensaba ir al teatro; todos ventearan la proximidad de la orgía, con sus locas humaredas de alcohol y su orquesta crepitante de besos y de risas; sus imaginaciones perversas acariciaban la visión de esos lugares tolerantes, bien amueblados, donde una vieja dueña recibe á los hombres con una sonrisa sobre los labios.

—Yo conozco—dijo don Hilario—en la calle de ... una señora que tiene amiguitas muy lindas. ¿Vamos allá?

—Vamos.

Llegaron á una casa de buena apariencia subieron una escalera alfombrada; apoyaron un timbre; transcurrieron dos ó tres minutos; la puerta se abrió. Bajo la claridad cenital irradiada por un gran foco eléctrico suspendido junto al techo del recibimiento, aparecía una mujer, ya vieja, vestida de negro.

—Adiós, Hilario; ¿eres tú?

—Hola, Mariquita. Aquí te traigo dos buenos amigos.

—Sean bien llegados. Pasen ustedes.

Instaláronse en un pequeño gabinete decorado con una mesa varias sillas. Luego encendieron sus cigarros y mientras llegaban las muchachas que habían mandado buscar, destaparon dos botella de coñac Martel.

—¡Buena nochecita se preparaba!—repeta don Pedro chasqueando alegremente su vieja lengua inflamada por treinta y cinco años de libaciones continuas.

Don Romualdo callaba, pensando en las tristezas de su vida y en su esposa, que había desaparecido del domicilio conyugal, hacia ocho años, en compañía de un actor.

De pronto y tras una larga vibración del timbre de la escalera, resonó en el recibimiento un voluptuoso fru-frú de faldas; los tres hombres volvieron la cabeza; en la

puerta del gabinete acababan de presentarse dos muchachas, elegantemente vestidas. Doña Mariquita las presentó.

—Julia... Carmem...

Ellas saludaron y bebieron una copa de cóniac; luego rodearon á don Hilario, á quien ya conocían.

—La mujer que falta—prosigió doña Mariquita—vendrá enseguida.

Casi al mismo tiempo llamaron á la puerta. Doña Mariquita exclamó palmoteando:

—¡Ahí está!

Era alta, gruesa, rubia. Al verla, don Romualdo apenas pudo contener un grito: era su mujer, su propia mujer; la reconoció instantáneamente, á despecho de la gran palidez que sobre su mejillas habían derramado aquellos ocho terribles años de vida errante. Ella, por su parte, permaneció tranquila, salvando con su artística impasibilidad el escándalo de aquella situación inaudita.

Se habló, se rió; nadie pudo adivinar el drama terrible. Don Romualdo, sobreponiéndose á la situación excepcional y dolorosa, sonreía y hasta se permitió colocar algún chiste de los que ahora son moda en Talavera.

Ella también disimulaba. Y lo hacía admirablemente, con la soltura de maestra que la daban aquel'os ocho años vividos desordenadamente lejos de su marido y de su hogar. Nadie, viéndoles, hubiera podido imaginar si quiera que se conocían; nada les denunciaba...

Cuando llegó la hora de repartirse aquel fácil botín de carne perfumada. Don Romualdo escogió á su mujer.]

¡Qué noches pasaron! No cambiaron una palabra: sus ojos no se encontraron ni una sola vez. Lo que no les impidió, á la mañana siguiente, besarse riendo delante de los demás. Nadie sospechó lo ocurrido; la «belleza del gesto» quedó salvada.

Félix Recto

EL QUE LA SIGUE...

Educada en un convento

mística más que piadosa,

en ser madre religiosa

cifró Luz su pensamiento.

Y con el claustro soñaba

la muchacha noche y día

y su mayor alegría

su ventura en él cifraba

A su madre y á su padre

con cándido misticismo

á todas horas lo mismo

decía: Quiero ser madre.

Por fin, su primo Tomé,

que es un trucha y un truhán,

calmó su vehemente afán

y hoy es madre... de un bebé.

Gabino Peraita

Nubes de verano



Ella floriqueando.—¡Y que siempre tengamos que estar como el perro y el gato!

NOCHE DE BODA

¡Qué vida tan pijotera;
unos la pasan sufriendo
y otros la pasan de fuergal

Bendijo el cura á los cónyuges
hubo lloriqueos y lágrimas,
y corriendo á la estación
porque el tren á nadie aguarda.
Allí, nue va despedida
hasta que el convoy arranca,
y allá van los desposados
á la villa coronada
á pasar noche de bodas
que por segundos aguardan.
El se llama Tomás Ponte,
ella Laura Cruz se llama;
él, es altote y fornido,

PELUQUERÍA HIGIÉNICA



—Se aplica el insectic' da.

y ella es regordeta y guapa.

Cenaron, y en seguidita
que les hicieron la cama,
se metieron en su cuarto
y ¡á... dormir hasta mañana!

*

En la habitación contigua
duerme el coronel Bombarda,
ó mejor dicho, no duerme
porque la gota le abrasa,
y entre tacos y retacos
pasa una noche de rabi,
mientras que los ocupantes
de la alcobita inmediata,
entre risas y jolgorios
alegre y feliz la pasan.

De vez en cuando, el silencio
que existe en toda la casa,
lo turba voz femenina
(no es otra que la de Laura),
que con acento muy dulce
á su maridito llama:

—¡Por Dios, Ponte!... ¡Por Dios, Ponte!...
siempre con ternura exclama:

El coronel se retuerce
dando vueltas en la cama,
y cuando zororado queda
porque su dolor se calma,
pronto vuelve á despertarle
la voccecita de marras:

—¡Por Dios, Ponte!... ¡Por Dios, Ponte!...
y así se pasó la noche,
y amaneció la mañana,
y el militar sin dormir,
y á Ponte nombrando Laura,
cada vez más dulcemente,
cada vez con mayor ansia.

*

A la puerta de la alcoba,
fuertemente un puño llama,
y una voz, que es u rido,
impulsado por la rabia,
grita de un modo sini stro
que aterra á la pobre Laura:

—¡Tanto ponte y tanto quita,
á Dios la paciencia acabal
¡Se pone usted ó me pongo,
y así acabamos, cara... mba!

Modestito

NUESTRAS COCOTAS

ASUNCION OLMEDO

¡Todas las noches está Asunción Olmedo, la ex modistilla madrileña, en la *Maison Dorée*, siempre sonriente, con su cara de pilluelo desvergonzado.

Cuanto se acercan á ella sienten irresistible simpatía por Asunción, y hay que confesar que no es hermosa ni elegante, ni siquiera espiritual. Su principal atractivo, quizá el único, es la alegría.

Cuando me acerqué á ella en demanda de su historia de amor, hizo un gesticillo picaresco y se puso á charlotear sin orden ni concierto. De su boca menuda salían las palabras con esa fluidez propia de las hijas de Madrid, que tienen siempre el donaire á flor de labio y la respuesta fácil.

—¿Cómo caíste, chiquilla? La verdad, ¿eh?... Algún novio calavera...

—¡Qué! ¡Caf como caen tantas obreras, empujada por el patrón. Nací en la calle de Mira el Río, y á los pocos años devenir al mundo, murió mi madre en el Hospital, y á mi padre lo mataron en una riña de borrachos

A la edad en que todas las niñas juegan á la comba entré en un taller de un modisto francés, y cargada con una caja recorría todo Madrid acompañando á una oficiala que, á veces, además de la caja, me hacía llevar la cesta.

El modisto comenzó á fijarse en mí, no tardando en hacermé tentadores ofrecimientos que yo rechazé indignada. Mi escaso jornal se fué reduciendo poco á poco hasta que

un día decidí cerrar los ojos y sacar el mejor partido posible de la situación. De humildísima aprendiz salté á oficiala, y de oficiala estuve el tiempo preciso de afinarme un poquito.

—En eso no tardarías mucho. Las mujeres os adaptáis á las circunstancias en seseguida.

—Fué cuestión de meses. Me dejé querer del viejo modisto, hasta que una noche le ocurrió algo parecido á lo de mi padre. No lo mataron, pero se murió en una juerga.

—Y entonces comenzaste á oficialar como sacerdotisa de Venus.

—Y entonces no tuve más remedio que explotar mis pocos años y esta alegría que jamás me ha faltado. Al principio fui á parar á una pensión de señoritas que hay en la calle de la Libertad; pero pronto me declaré independiente y he instalado mis oficinas en un pisito muy coquetón, donde entre mis amigos, una doncella, un gato y tres canarios, paso muy buenos momentos.

—¿Tienes muchos amantes?

—Regular. Me visitan con frecuencia un militar retirado, un barflono que da lecciones de música y que se ha empeñado en que aprenda á tocar la flauta; un banquero, que



ASUNCION OLMEDO

(Fot. Enrique.)

me tiene frita con tanto hablarme de las oscilaciones de la Bolsa y que delira por la baja; un tenedor de libros, un autor cómico, un banderillero, etc., etc., etc.

Y todo esto lo contaba Asunción con la sonrisa más seductora. Quise profundizar aún más, buscando la cuerda sensible, ese rincón donde guardan siempre las mujeres un deseo, la ilusión que alegra su vida y las hace esperar con fe el mañana.

—¿Tendrás un novio, verdad?

—¡Bahl, ¿quién no tiene un novio? Yo tengo uno. Mis amigas dicen que me explota sin conciencia, y algunas veces me pega; pero yo sufro con gusto su malhumor y le doy de buen grado cuanto me pide. Me hace cardenales; pero, después de todo, eso no es nuevo para mí, y también mi madre pasó por ello. Nos casaremos cuando yo tenga tres ó cuatro mil duros para poner una freidora.

Y así terminó Asunción su historia, que

calvo, que en una mesa inmediata se estaba entreteniendo con las pajitas de un refresco de limón.

Clemente de Castro

CRONICAS LONDINENSES

APOSTEMOS...



EN un circo de Londres se han batido el atlético Juan Berth, que el invierno pasado mató á puñetazos en el castillo Oried un oso de dos años, y Rink, príncipe de los boxeadores escoceses; alto, delgado, animado por un valor temerario, invencible bajo sus músculos de acero.

Asistieron al combate más de trescientas personas, escritores en su mayoría, entre los cuales se cruzaron apuestas de importancia. Al extraño y salvaje espectáculo concurrieron también el lord millonario M. X. (la prensa inglesa oculta cuidadosamente su nombre) y la encantadora actriz Evangelina Z.

Desde hace tiempo X., presa de una pasión loca por la joven, ha emprendido contra ella un asedio sin reposo ni cuartel. Evangelina, segura de que nunca será tarde para rendirse, duda, aumentando con sus vacilaciones la pasión del lord, sintiendo que sus in-

tereses y las simpatías que el viejo millonario la inspiran, ponían en el fiel la balanza de su voluntad, y siempre contestaba:

»—Más adelante... ya lo pensaré... Tenga usted paciencia.»



—Pues hijita, has llegado tarde.

—¿Por qué?

—Porque ya... he soñado.

no puede ser más vulgar en su principio ni más prosaica en su final.

La di un beso en la mano, aporté mi granito de arena para que pudiera instalarse pronto, y aún no había llegado á la calle cuando la desnudable sonreía á un señor

Al verse en el circo esclavizado por la fiebre de curiosidad y de codicia que dominaba á los espectadores, X. preguntó:

—Todos apuestan: ¿quiere usted, Evangelina, que hagamos nosotros lo mismo? Así el combate nos parecerá más interesante.

—Bueno..

—¿Por quién apuesta usted?

—Por Juan Bertk.

—Creo que hace usted bien, yo, sin embargo, no me arredo y apuesto por Rinh. ¿Qué jugamos?

—Lo que usted guste.

—¿Quiere usted que juguemos el porvenir de nuestros amores?

Las inglesas son muy raras. Miss Evangelina, á quien sedujo lo estafalarío de la proposición, asintió entusiasmada.

—¡Corriente, muy bien!

—Si gano... esta noche me pertenece usted. Si pierdo...

—Hemos concluido para siempre.

—Usted lo dijo. No hablemos más.

Empezó la lucha. En los primeros momentos Bertk obtuvo gran ventaja; bajo sus puños de hierro, el rey de los boxeadores escoceses vacilaba; pero luego, enardecido por los aplausos tributados á su contrario, Rinh se rehizo, sus músculos adquirieron nueva elasticidad y vigores nuevos, su espíritu heroico, insensible al dolor, se rebeló contra la muerte. Bertk recibió dos golpes formidables; el primero le partió la mandíbula inferior, el segundo le derribó en tierra de bruces, echando sangre por las nari-

ces y los oídos. Sobre el cuello inerte del vencido, Rinh, magullado y cubierto de sangre, puso gozoso su plan vencedora.

—Me pertenece usted—dijo lord X. levantándose.

—Tiene usted razón; usted manda en mí; vámonos.

.....

.....

Aquella noche Rinh, que estaba entre sá-



—Y ¿qué dices que les pasa á las ostras?

—Que les falta la cabeza.

—Pues yo te aseguro que eso no les ocurre á todas.

banas vendado y bismado, supo que unos señores deseaban verle.

—¿Han dicho su nombre?—preguntó.

—No, señor—repuso el criado.

—Diles que estoy enfermo y no puedo recibir á nadie.

—Ya lo he dicho, pero insisten, aseguran-do que necesitan hablar con usted absolutamente.

—¿Son gente principal?

—Sí, señor!

—Que entren.

¡Eran lord X. y Evangelinal

—Caballero—dijo X. inclinándose respetuosamente ante el lecho del enfermo;— gracias á los vigorosos puños de usted, esta señorita, que es mi alma, me pertenece.

Y refirió su extraordinaria apuesta. Rink, buen sajón, le escuchó sin sorpresa.

—¿Y bien?—preguntó.

—Que esta noche de amor, la mejor de mi vida, se la debo á usted, y no hemos querido marcharnos á nuestro hotel sin antes darle á usted las gracias.

—¡...!

Julio Mata

Londres, Mayo, 1912.

y es ese su gesto de niña mimosa, que ríe, que canta, que triunfa, que peca.

Está más graciosa, más linda, más bella, el alma de artista se asoma á sus ojos; con esa mirada que fuego destella, me muestra sus triunfos de diva, de estrella sembrando en mi mente deseos y enojos.

Ha ya siete años me amó con ternura, sin vanas reservas, con locos excesos; fué entonces mi esclava, me dió su hermosura, sus labios ardientes me dieron sus besos, su espíritu libre me dió la ventura y guardo en mi pecho sus mímos impresos.

Hoy sé que su cuerpo se vende y cotiza, que al vicio se entrega con torpe abandono, su vida al abismo fatal se desliza; mas yo la disculpo, la admiro y perdono, oyendo su charla, me vence, me hechiza.

Si ha sido mi amante, mi linda muñeca; si ha sido mi musa, mi reina, mi diosa, por eso mirando su erótica mueca de Venus lasciva, de niña mimosa, yo gozo si canta... ¡Yo sufro si peca!

Elias Sancho Gallet

ANTE UN RETRATO

Es ella, mi amante, mi linda muñeca; es ella, mi musa, mi reina, mi diosa; es esa su cara, si es esa su mueca

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2669
FUENCARRAL MADRID

LA HOJA DE PARRA

♦ REVISTA FESTIVA ♦

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: Apartado de Correos número 547,
HUERTAS, 43, PRIMERO MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL.